CRÓNICAS DE UN PADAWAN Pedro L. Toledo

Del fin del año, que no del mundo

Por fin llegó y por fin pasó como un día más. Sin más pena ni más gloria que ser un viernes entre tantos viernes. Viernes antes de Navidad y por tanto, viernes de recuento de lotería. Un viernes con el único "hecho diferencial" de que coincidía con el comienzo de las vacaciones escolares. Centros comerciales y los locales de comida rápida abarrotados de adolescentes y preadolescentes, que entre patatas fritas y "japimiles" aprenden lo que es una nueva Navidad, según avanzan sus hormonas y usan una mano para comer y otra para enredar con el móvil.

Y según pasaban las horas de este viernes descubrimos que, este viernes, como si fuera la muerte de la canción, no era el final. Había variopintos menús de meteoritos, proyectiles, explosiones, invasiones cósmicas y demás cuentos para incautos.

Cuentos que dejaron en algunos lugares a miles de turistas, que buscaban la "montañacuál" o la "rocapascual", como puntos seguros, con el lógico beneficio para quienes promovían que los que allí se encontraban se iban a librar del Apocalipsis, como también hacían por otros lares, sectas y caraduras con muchos incautos.

Y es que esto es lo que suele ocurrir cada fin del mundo. Pasó con el año 2000 y su efecto, con este fin de los mayas y con el que seguramente se esté "cocinando" en este momento. Nuevo fin del mundo, que será anunciado, con no sé cuántas películas y seguido por los palmeros que pastan y adoran a los que de verdad dirigen en la sombra cada fin del mundo y que son los que se llevan las perras.

No nos engañemos, esto no se acaba, el mundo aguanta y ha aguantado mucho. Aunque hemos de reconocer que, en muchos momentos de su historia, debía de tener unas ganas locas de terminarse. Y no me pongo melodramático con temas como el de la extinción de los dinosaurios, o monstruos humanos del pelaje de Hitler o Pol Pot. No, me refiero a hechos más cotidianos y que seguramente nos resultaran a todos más cercanos, como la muerte de Chanquete, cada programa de María Teresa Campos, una rueda de prensa de Mourinho, el discurso del Borbón, etc.

Ergo, este mundo, como si fuere el toro aquel que anunciaba las pipas, no se acabará tan así como así. Es duro y fuerte, como si fuera el pellejo de "queseyoque", con lo que nos traerá ya mismo la llegada de un nuevo año. Algunos agoreros nos asegurarán que este será el del final de la crisis, que allá por el lejano cuarto trimestre se creará empleo, que no nos subirán el IVA, que no habrá rescate, que no nos subirán otra vez la luz, que los bancos estarán todos limpitos y peinaditos sin que nos cuesten un céntimo más y que, en resumen, todos seremos más altos (en mi caso con poco) y más guapos (si cabe) que en el año que se acaba.

Por suerte, según se difuminan las intenciones del año nuevo, y mi vecina del quinto abandona las clases de inglés o de pilates, nos olvidaremos de lo que nos han contado y seguiremos como el mundo, sin fin, puesto que hace tiempo que ya acabaron con nuestros principios. Que la fuerza os acompañe.

TORRE DEL GALLO Javier Sanz

El rodillo del PP

No atascan. Se pasan la opinión pública por el forro y sólo creen en la mayoría absoluta para hacer de su capa un sayo caiga quien caiga: profesores, jueces, fiscales, abogados, investigadores, médicos, enfermeras y... ciudadanos. Empuñan el cetro de hierro como la sota de bastos y duermen con él bajo la almohada y con un ojo abierto. Hace poco me comentaba una diputada de la oposición que nunca se vio cosa igual, su forma de gobernar es el Decreto Ley –dieciocho en un año– y no admiten no ya la enmienda política, sino la "técnica".

Han dejado como unos aficionados a los de aquel PSOE que también, no lo olvidemos, hicieron uso del rodillo. Y, además, exhiben un comportamiento indecente. Si se encierran unos parlamentarios en la Asamblea de Madrid se ríen de ellos en tal sede hablándoles de "fiesta del pijama" cuando está en juego la sanidad de una región que pasa en parte a manos privadas. Si dimiten los directores de los centros de salud, dice el presidente que "bienvenidas sean tales dimisiones". El consejero ha sido incapaz de cuantificar el ahorro, daba igual. Dentro de poco esa privatización nos costará un ojo como ya ha ocurrido en la Comunidad Valenciana, donde los hospitales deficitarios le piden que se hagan cargo del agujero que acaban de producir y que, además, les den siete millones en concepto de beneficios. Lo dijo Llamazares: se acabó el ladrillo y ahora tocar esquilmar la sanidad. Y así será, conforme a la legalidad. Faltaría más. Y con mayoría absoluta.

EL BALCONCILLO Javier del Castillo

Confianza

Una de las palabras más repetidas por el Rey en su discurso de Navidad fue la palabra "confianza". También habló de cerrar heridas, de integrar fuerzas y de recuperar el añorado espíritu de la transición. Sin embargo, lo que necesita el ciudadano español en estos momentos es confianza para afrontar otro año difícil, con el agravante de que viajamos ya con la gasolina en la reserva.

Es probable que las palabras del Rey –después de un año en el que la propia credibilidad de la institución se ha visto dañada por las corruptelas de algunos miembros de la familia– no tengan la fuerza ni la capacidad de convicción de otras ocasiones, pero sirven para calmar un poco los ánimos.

Sin confianza en la recuperación económica no habrá inversión, seguirá aumentando el paro y el consumo se mantendrá bajo mínimos. Además, sin confianza en la clase dirigente se buscarán alternativas fuera del actual sistema o se cuestionarán las instituciones que no ayudan a resolver los problemas, sino que incluso los agravan.

Mientras el Rey reclamaba esfuerzos para limar diferencias y buscar acuerdos, Artur Mas en Cataluña le tapa la cara a Don Juan Carlos con una lona durante su investidura y alardeaba después de no haber escuchado el mensaje navideño porque estaba trabajando. ¿Trabajando el día de Nochebuena? Si esto último fuera verdad, estaría disculpado. Pero no me lo creo. Artur Mas hace tiempo que dejó de trabajar por sacar a Cataluña del agujero, si es que alguna vez lo había intentado anteriormente. En su huida hacia delante –es decir, hacia la independencia– ya solo piensa en la culminación de un desafío, en buscar nuevos frentes y argumentos para el "no nos quieren" o "nos están robando".

En este clima de desconfianza, es difícil que las palabras del Rey hagan mella en la opinión pública. Incluso que se entiendan en amplios sectores de la población, que viven agobiados, sin trabajo, o temiendo perderlo cualquier día de estos. La confianza es un estado de ánimo que difícilmente se puede lograr dentro del actual panorama político, social y económico en el que nos movemos. Para confiar en algo, tienen que existir elementos que lo propicien. Y el propio monarca es consciente de que la credibilidad es muy fácil de perder –elefantes en Sudáfrica y corrupciones del yerno– y muy difícil de recuperar.

Para confiar en un futuro mejor, necesitamos gobernantes que luchen contra la corrupción y que transmitan seguridad. El ciudadano español se encuentra indefenso y sin argumentos cada día que se levanta por la mañana y ve cómo las leyes se incumplen sin que eso tenga consecuencias en quienes se las pasan por alto. Al ciudadano las palabras del Rey le parecen llenas de sentido común, pero luego sale a la calle y ve cómo se le recortan los servicios sociales, las pensiones o los sueldos, mientras que la reducción del gasto público de los altos cargos no aparece por ningún lado.

La confianza, sobre todo en la economía, es una palabra clave. Pero el desencanto y la falta de estímulos son tan grandes, que hablar ahora de confianza es como pedirle peras al olmo.

El Rey es el primer interesado en que esto se arregle. Para eso tiene que ponerse también las pilas y que el Gobierno deje de mirar para otro lado.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. DHenares.es. N.º 55, 28/12/2012.